

¿Por qué leer *Cien años de soledad*? Un tributo a Gabriel García Márquez

Luis Carlos Salazar Quintana*



Palacio de la Inquisición, Ciudad de México

La primera vez que me acerqué a la literatura de Gabriel García Márquez fue hace muchos años; quizá tendría trece o catorce. La obra que leí entonces fue *Relato de un naufrago*. Recuerdo que la leí con mucho entusiasmo y creo que la terminé en una o dos tardes. En verdad, no es mucho decir, pues se trata de una narración de noventa páginas a lo sumo. Después leí otras piezas del autor colombiano, cuentos y obras llevadas al cine como *El coronel no tiene quien le escriba*, *Crónica de una muerte anunciada*, y desde luego, la cinta *Eréndira*, adaptación de ese larguísimo título, *La terrible y triste historia de la cándida Eréndira y su abuela desalmada*. Con todo, me había resistido a leer por mucho tiempo *Cien años de soledad* por las mismas razones que alguna vez expuso Vicente Leñero cuando explicaba, entre otras cosas, que él se había negado

a leer esta novela porque de un tiempo acá todos los escritores escribían o como Rulfo o como García Márquez, y ese lenguaje había empezado a designificarse, a sonar a lugar común y a cita trillada. Y puede ser que Leñero no estuviera lejos de la verdad, pues el famoso *realismo mágico* se había extendido tan poderosamente en la narrativa latinoamericana que por doquier empezamos a hacer nuestro, de todos, estos estilos novelísticos. Casos como el de Isabel Allende y Laura Esquivel, cuyas obras tal vez rayanas en lo comercial, serían impensables sin la impronta del escritor colombiano.

Eso aparte, me parece que los aciertos de *Cien años de soledad* son muchos, por lo cual no siempre me he reprochado no haberla leída desde joven, sino apenas hace algunos años. No obstante, hoy puedo decir sin

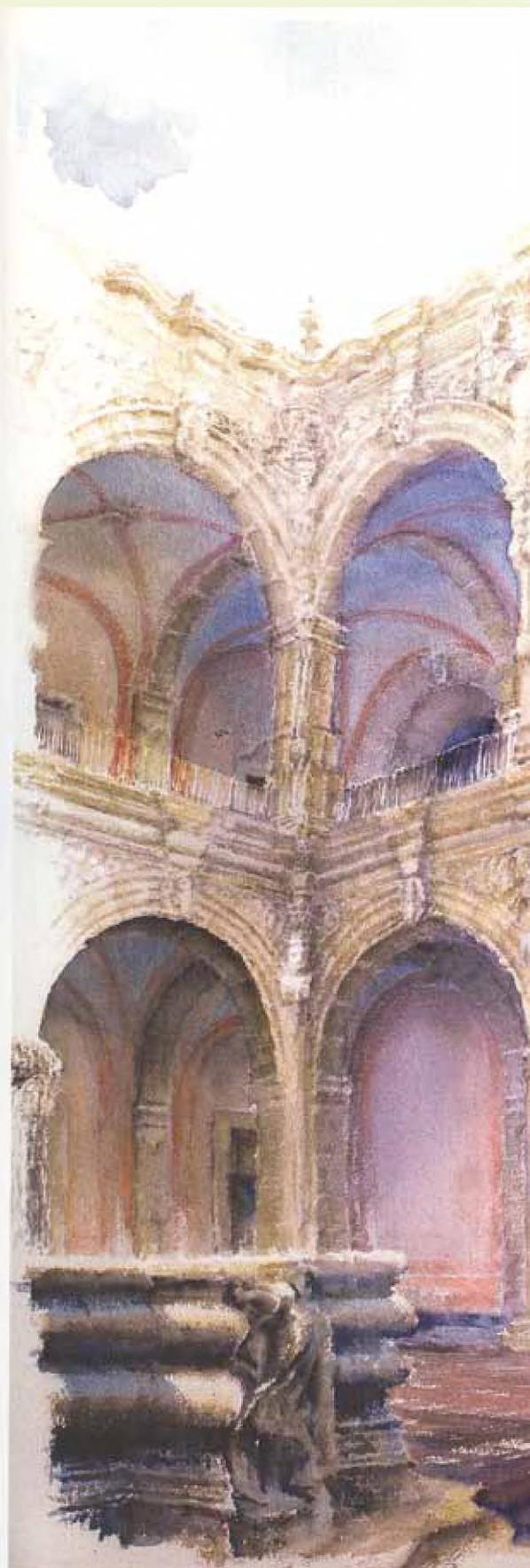
miedo a equivocarme, que ha sido una de las obras más reveladoras que mis ojos y espíritu han recorrido. Por eso es que no sé si mi lectura de joven inquieto que era entonces hubiera estado en posibilidades de asimilar ya no sólo el arte de García Márquez, sino más todavía el sentido profundo de su visión humana.

Pienso ahora que la maestría de *Cien años* reside en el hecho de contar no sólo una historia sino muchas historias a la vez. En ella se ven representadas la historia universal del hombre, la historia de su orfandad, la de su inveterada resistencia al olvido; la historia de la conciencia humana perturbada por una culpa; la historia del amor y el desengaño de la vida, todo esto que los libros ortodoxos de la fe, la Biblia, el Corán o el Talmud, han dejado escrito en sus páginas como un inefable misterio, pero al mismo tiempo como un implacable destino que ha de cumplirse.

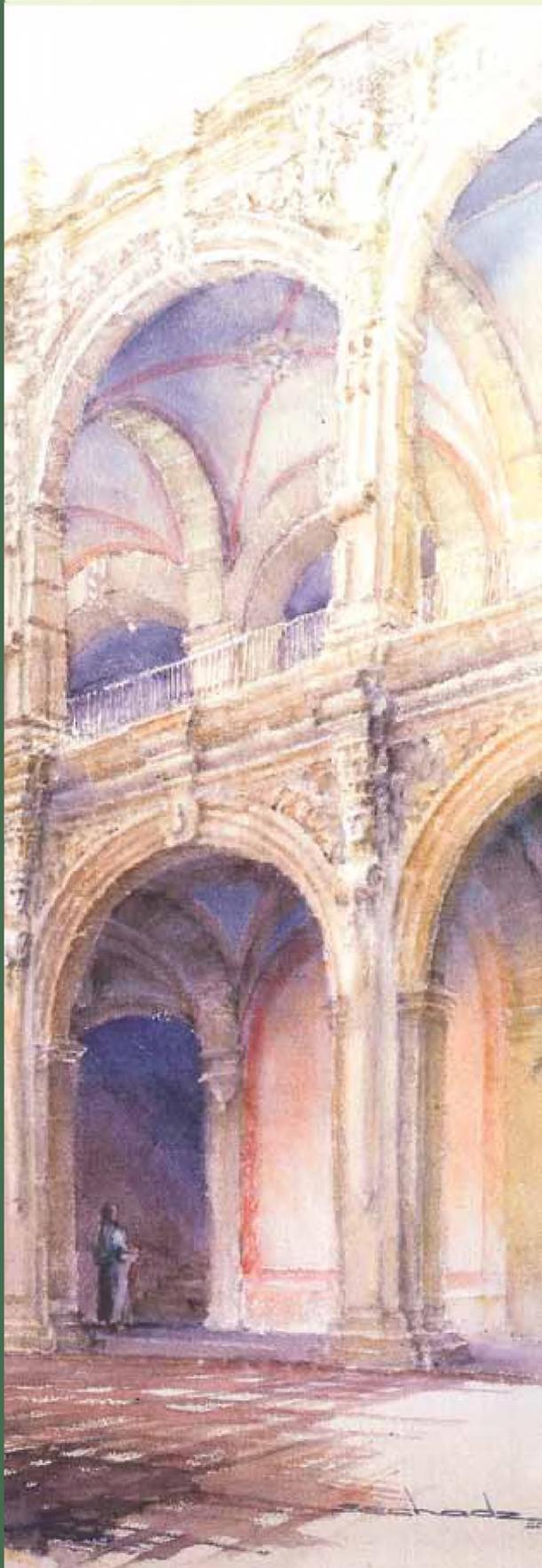
Cien años de soledad tiene una estructura más que circular, espiral, pues los personajes ciertamente retornan al centro de sus especulaciones y asombros, pero cada vez que regresan al estado actual de su conciencia, Macondo y la vida de sus habitantes se ha transformado. La redundancia de los nombres, cinco José Arcadios, más de veinte Aurelianos, otras tantas Remedios y Amarantas, no sólo expresan la recurrencia de los ciclos vitales y biológicos, sino que muestran sustancialmente la multiplicación de las pasiones, los vicios y los fracasos que el ser humano está condenado a repetir sobre la base de sus prejuicios, sus obsesiones y su incapacidad para leer su historia genealógica, que al mismo tiempo, es la historia de toda la humanidad.

Cuando García Márquez ha sonreído irónicamente frente a la pregunta de si su novela es una alegoría de la historia universal humana, para decir que lo único que intentaba era recrear fantásticamente la historia de su pueblo natal, se trata, en efecto, de una respuesta engañosa. Pues si eso fuera, su obra no pasaría de ser un relato familiar ameno y divertido. Pero *Cien años de soledad* es algo más que eso. Es tal su recurrencia en términos simbólicos a la Historia Sagrada que sólo dentro de esta línea de sentido puede comprenderse la forma como el arquetipo se actualiza cada vez en la verdad histórica, con la verdad de los pueblos latinoamericanos, con la crónica de su ingenuidad, de sus revoluciones y dictaduras.

Cien años no sólo es una crónica familiar, es sobre todo, la crónica del olvido. La forma de maravillarse de José Arcadio Buendía con las curiosidades que cada año llegan a Macondo a manos de Melquiades, tales como el imán, el catalejo, la lupa o el hielo, expresan el olvido de nuestra propia ingenuidad, de nuestra incapacidad de sorprendernos frente a las cosas que se han vuelto comunes, pero que al mismo tiempo no dejan de ser mágicas. García Márquez nos recuerda por



Templo y Claustro de San Agustín (detalle) / Querétaro



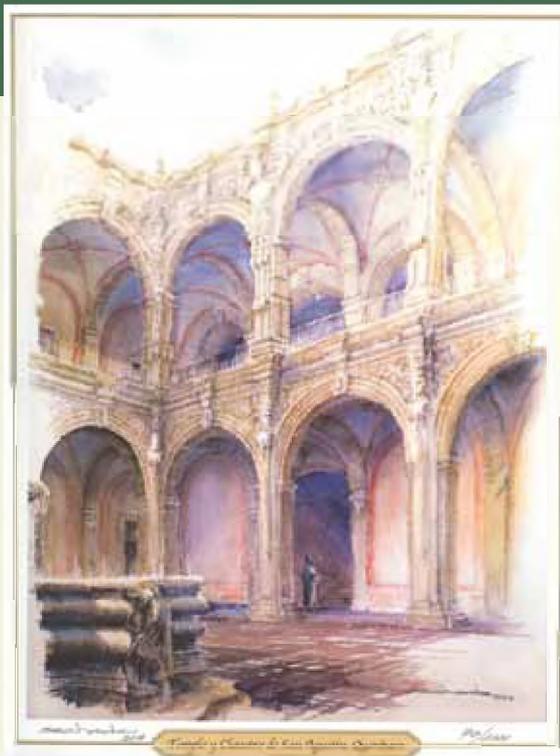
Templo y Claustro de San Agustín (detalle) / Querétaro

qué esos instrumentos, que a la vista de un “hombre civilizado” se considerarían ordinarios, pueden volver a conmovernos, porque, finalmente, cada una de las cosas que nos rodea ha sido pensada por una mente maravillosa, de modo que es necesario otra vez aprender a mirarlas. Pero el caso es que las hemos olvidado. Y con ello, hemos perdido también la posibilidad de amar abiertamente, ya no se diga a los objetos curiosos que inventa el hombre cada día, sino a los seres humanos que nos rodean. Hemos dejado de sorprendernos con la presencia del otro; nos hemos olvidado por lo tanto de nuestro compromiso con ellos para refugiarnos en nuestra propia soledad, en el pequeño universo que somos. Con ello, nos hemos concentrado ya no en la vida, sino en nuestra propia muerte.

Mijail Bajtín considera que una de las características que distingue a la cultura popular respecto de la cultura oficial es el sentido de la risa ritual; se trata de una risa participativa donde el mundo del hombre está ligado a la Naturaleza, a sus ciclos biológicos y cósmicos. Por consiguiente, el centro de organización imaginaria de la cultura popular es la “plaza pública”, con lo cual el mundo interior sale del individuo y se manifiesta abiertamente. La plaza pública permite así que el hombre forme nuevas relaciones con sus semejantes y encuentre, en el mutuo comercio comunicativo, sus afinidades y diferencias. La cultura popular es la estética de la sensibilidad colectiva, de su sentido común, y de ahí que se emplee la risa como vehículo de protesta frente al acoso de los sistemas dominantes y totalitarios.

Si bien durante la Antigüedad clásica y hasta el Medioevo la cultura popular se manifestó subrepticamente frente a la cultura oficial, el Renacimiento marca un viraje significativo en el interior de estas dos estéticas, en el sentido de que se ven mutuamente diluidas en favor de una nueva cosmovisión fundada en la domesticación de las emociones humanas. La capitalización de la vida y la intensificación de la competencia productiva entre los pueblos y los individuos provoca el abandono de los intereses colectivos para satisfacer las necesidades personales y materiales, en un mundo cuyos valores están ahora inspirados en el genio individual y en las habilidades técnicas. Como dice Bajtín, si antes la libertad del hombre estaba circunscrita a su salvación o condena, ahora el marco de acción de su libertad está en decidir si es mejor ser absorbido por el sistema o convertirse en un insecto. Al replegarse el individuo en sí mismo, curiosamente también lo ha hecho olvidarse de su relación con la vida y la naturaleza.

En este marco, me parece que *Cien años de soledad* pone en evidencia la forma como las emociones y sentimientos humanos han entrado en un proceso de domesticación del que habla Bajtín, con lo cual el interés colectivo ha sido permutado por las obsesiones



personales. El destino que aparentemente cada uno de los personajes de esta novela cumple, sólo es ineluctable en el sentido de su propio egoísmo y no como una fuerza divina que los condene de antemano. En este sentido, no sólo Rebeca se esconde a comer tierra o cal de las paredes cuando se frustran sus anhelos, sino en general, todos los Buendía prefieren hundirse en el mundo telúrico de sí mismos, hablar con los muertos antes que hablar con los vivos, porque, finalmente, son ellos, los muertos, los únicos que comprenden la soledad que cada uno de ellos padece.

Un hecho significativo de la historia de Macondo es cuando se propaga una peste de insomnio entre los habitantes, que provoca posteriormente otra peste, la del olvido. En el primer caso, los pobladores se ven en la necesidad de cambiar sus formas de trabajo y de ocio, pues no teniendo ya horas para dormir, empiezan por añorar sus sueños y terminan por matar las horas de la noche con juegos rutinarios y maniqueos como el “cuento del gallo capón”, que se repite incesantemente hasta el amanecer. Pero la enfermedad del olvido preocupa aún más al pueblo de Macondo, pues no sólo se empieza a perder la memoria de los nombres y los datos de las cosas, sino también se olvida para qué sirven éstas y cuál es la relación que guardan con los seres humanos, de modo que se ven precisados a ponerle una inscripción a cada cosa y animal, y a explicar su utilidad. Pero hay todavía más. La enfermedad del olvido ha empezado a propagarse hacia los sentimientos humanos y hacia sus propias creencias, por lo que se ven obligados a poner un letrero a la entrada del pueblo que dice “Macondo”, y otro más donde se manifiesta que “Dios existe”. El remedio nuevamente lo trae el gitano Melquíades, quien le da a beber a José Arcadio una solución milagrosa, con lo cual no sólo él, sino el pueblo entero se recuperan. Como se ve, se trata nuevamente de una interesante alegoría, en este caso sobre la capacidad que tienen los seres, por medio de su imaginación simbólica, de no sólo reproducir

los objetos del mundo en su mente, sino de dotarlos de un significado trascendental, que es lo que forma precisamente la cultura humana. Me parece que el texto de García Márquez quiere decirnos que en la medida en que no olvidemos el sentido afectivo

con que hemos aprendido a mirar el mundo en nuestro primer encuentro, estaremos más cercanos a una plenitud de conciencia.

Para terminar quisiera decir, no sin cierta ironía, que las obras clásicas se definen así por ser lecturas que todo mundo comenta pero que nadie ha leído en realidad. El gusanito de leer ésta, que quizá sea la novela más célebre de García Márquez, venía acicateando mi espíritu desde hace muchos años, hasta que me decidí a cumplir este compromiso moral que debe tener todo ser que ama las letras. Eso es mucho decir; pero acaso sea esta confesión un modo de estimular a aquellos que aún no se han decidido.

En realidad, ahora que García Márquez ya no está con nosotros, las páginas de esta novela al menos me acompañan y vuelvo a creer que una obra clásica nunca es inútil. De hecho, estoy convencido de que éstas hay que volver a leerlas una y otra vez como algo entrañable, como las fotos de un álbum que nos permiten repasar nuestras propias vidas. Creo que las obras clásicas nos dicen lo que nosotros siempre hemos querido decir pero que, por desgracia, nunca hemos estado en posibilidades de expresarlo. En este sentido, considero que las grandes obras nos sacan de nuestro estado mudo y nos prestan su voz para dialogar con nosotros mismos y con el mundo imaginariamente constituido, como si su lectura fuera un cielo abierto en que se refleja nuestro infinito ser.

*Docente-investigador de la UACJ.

Fecha de recepción: 2014-08-11

Fecha de aceptación: 2014-08-18

